

TEATRO

NOVEDADES DE LA SEMANA

ESPAÑOL.—"Mácbeth"

Cuando en la noche del pasado miércoles terminaba la primera parte de la tragedia shakesperiana "Mácbeth" y salimos a la antesala del Español, alguien a nuestro lado emitió conceptos que, a nuestro entender, sintetizan plenamente el tono y trascendencia de este memorable acontecimiento teatral: "Esto es algo—exclamó el aludido espectador—que induce al más frío de espíritu a proclamar su orgullo de ser español". Suscribimos por entero esta frase y la servimos al público, en la seguridad de que con ello dejamos calificada nuestra impresión sobre la resurrección escénica de la obre cumbre del gran genio inglés, padre y señor de cuantos dramaturgos en el mundo han sido.

El lector comprenderá que soslayemos en estas impresiones el análisis de lo que "Mácbeth" es en sí misma como tal obra, hito de la literatura dramática universal. Sentimos nuestra incompetencia, y comprendemos que nuestra misión, hoy menos

cuadros de la tragedia su voz quedó empañada por penosa afonía, y dudamos mucho de que puedan resistir con integridad sus órganos vocales muchas representaciones del "Mácbeth". Eramos muchos los que, sin desdoro o censura mortificante para el señor Soler, recordáramos, en la noche del estreno, a un Ferrín, a un Borrás, a un Tallaví o a un Morano, y citamos sólo a estos grandes actores dramáticos modernos, relativamente, de la escena española, para no remontarnos a tiempos pretéritos de aún mayores esplendores de nuestra declamación teatral. La señora Prendes se defendió mejor—por cuidar más la mímica y porque, quizás, Lady Mácbeth no requiere los alicentos y cambiantes de entonación de voz que el personaje protagonista—, estuvo constantemente dentro de la más absoluta corrección...; mas ¡ay! que en nuestro Teatro y para la tragedia, los hombres ya maduros estamos acosados por sombras a que las primeras actrices sobrepasaran lo correcto, lo discreto, para rayar en lo inspirado y genial...; y también se recordaba la noche del estreno a una María Guerrero, a una Carmen Cobeña, a una Matilde Moreno que, para duelo de nuestra escena, aun no han sido sustituidas y siguen siendo recordadas con la pesadumbre de lo que fué, y ya por lo visto, no volverá a ser. Por decir estamos que sólo dos intérpretes dieron verdadera vida y voz conveniente a sus personajes: el niño Fernando M. Delgado y el actor Félix Navarro, ya que, en ambos, encontraron inspirados acentos para sus declamaciones. El resto de la Compañía, también discreta, y con el mérito de saberse a conciencia la obra; pero, en general, todos los que en ella intervinieron contraponían la esplendidez de sus atuendos y hasta la perfección de sus actitudes y gestos a la falta de brío, inspiración y vibración rágica, en sus decires. El señor García Viñolas será, seguramente, el primero en lamentar, como nosotros lo hacemos, la penuria de posibilidades interpretativas dramáticas de nuestros cómicos; y seguro que es también el que más afanosamente pedirá, cuidará y contribuirá a que vuelva a resurgir una verdadera Escuela de Declamación, que pueda, en su ocasión, servir las necesidades de una tragedia a lo "Mácbeth".

ACORDE



Señor García Viñolas, director del Teatro Español

que nunca, no es la de "descubrir Medite-
rráneos". Así, pues, de la gran tragedia
en sí ni de la versión que se sirvió al
público madrileño desde la escena de nues-
tro primer teatro dramático—; ahora sí que
le va bien este título jerárquico!—sólo di-
remos que el señor González Ruiz ha da-
do muestra esplendorosa de su talento y
de su buen gusto literario al hacer una
adaptación que, sin restar ni en un ápice
belleza y grandeza a lo que Shakespeare
escribiera para asombro de mundos, al-
canza muy loable virtud de eficacia al
lograr en el público fácil comprensión y
mantener pujante y creciente el interés
del drama, incluso mejorando su lógica es-
cénica al aliviarle de los parlamentos di-
vagatorios y despietados que el original
encierra; y no hay que decir que, tratán-
dose de tan buen literato como es el se-
ñor González Ruiz, la su versión del "Má-
cbeth" está escrita en espléndido castella-
no, prosa y verso.

Lo que interesa destacar, lo que convie-
ne que el público sepa y luego compruebe
con sus propios ojos es que el montaje,
el movimiento escénico, el atuendo de los
personajes, la luminotecnia y hasta el me-
nor detalle de la postura escénica, no sólo
es justo y soberbio, sino que alcanza tér-
minos hasta el presente no logrados en
los pasados intentos de modernizar este
difícil arte del buen sentido y servicio es-
cénico de una obra dramática.

Lo que ha hecho el señor García Viño-
las con sus colaboradores el señor Luca
de Tena y el señor Burman al montar
su "Mácbeth" no se había hecho nunca
en nuestros teatros y, posiblemente, tam-
poco, en muchos de los extranjeros que
llevan fama por su acierto al montar obras
teatrales con pleno y depurado sentido de
lo que puede y debe de ser en nuestros
tiempos la escenografía y la dirección ar-
tística de un verdadero teatro. Nunca con
más oportunidad y justa ocasión deberían
los hombres de teatro y de arte de nues-
tro país subrayar ese mérito y triun-
fante esfuerzo de cumplido homenaje;
mas por si éste no llega a organizarse,
vaya por adelantado el nuestro, lleno de
admiración y de gratitud, como españoles
atentos siempre a que en nuestra nación
se registren aciertos tan magníficos y
trascendentales como éste. Realmente, hay
que confesar que no eran muchos los que
confiaban en que la dirección del teatro
Español llegase a mostrarnos su suficien-
cia inteligente en el grado superlativo
que marca el "Mácbeth" de García Viño-
las. Queda dicho todo ello a título de es-
tímulo para este gran y celoso orientador
de nuestro primer teatro.

Corre parejas en éxito y aciertos la la-
bor del señor Luca de Tena, director de
escena de esta obra. No hay un solo de-
talle—ni uno sólo—que no merezca aplau-
so. El movimiento de las figuras, los efec-
tos de luz, la sintética, pero elocuente
aportación de atrezos, la colocación de
las figuras y algunos momentos, como el
genialísimo final del cuadro del regicidio,
no admiten superación y alcanzan grados
de portentosos. Asimismo los fondos mu-
sicales de Parada son muy buenos. Y es
a todo esto a lo que, sin duda, el espec-
tador entusiasta a que nos referimos en
el primer párrafo de estas impresiones,
hacía alusión al destacar su caliente en-
tusiasmó como español, porque, en reali-
dad, de verdad digo y sostengo que esto
honra a España y a su arte teatral.

Pero... Sí, lector; hay un pero que opo-
ner. Siempre hay algún reparo y nosotros
creemos que al aducirlos, sin ensañamien-
to, pero con sinceridad, contribuimos a
que la labor artística alcance en todos
los sentidos proporciones y éxitos de per-
fección. El reparo de hoy está en la in-
terpretación. Y nos apresuramos a ha-
cer constar que no hay que atribuir las
deficiencias que en ella se notaron a los
mismos cómicos. Ellos no tienen la cul-
pa, ciertamente, de que se cargase sobre
sus espaldas peso abrumador y desde lue-
go muy superior a sus virtudes artísticas.
Y vaya en descargo de los posibles cul-
pables el hecho, desgraciadamente eviden-
te, de que hoy no existe entre la familia
de la farándula, ni actores ni actrices ca-
paces de incorporar, con los alicentos ne-
cesarios, los trágicos personajes que Sha-
kespeare ponía sobre la escena para ser-
vir la grandeza de sus pensamientos. No,
no existe, o al menos nosotros no lo co-
nocemos, actor capaz de interpretar ade-
cuadamente el "Mácbeth" o la "Lady Má-
cbeth"; y del resto de los personajes, no
digamos. El señor Soler, primer actor del
teatro Español, comediante comprensivo, de
verdadero talento incluso, capaz de acertar
en múltiples tipos y obras, no rebasa la
categoría de un galán joven de comedia
moderna; incluso por su voz, de timbre
excesivamente atenorado; incluso por su
constitución corpórea, más propicia a sus-
tentar el frac o la americana que a ce-
firse lorigas y embrazar rodela que a sos-
tener tajantes espadas de las de puño por
sobre la cabeza del que la esgrime. El se-
ñor Soler comprendió perfectamente la
psicología de Mácbeth; denotó que había
hecho un cabal estudio del trágico perso-
naje, pero... cuando trató de hacer ha-
blar, de mover al magnífico podrido de
ambición y enloquecido por el miedo y
los remordimientos, la voz no le acompa-
ñó, ni sus ademanes y apostura alcanza-
ron a convencer como correspondía a ca-
da situación del drama interno que el al-
ma de su personaje vivía. Tan percatado
de estas insuficiencias físicas estaba este
excelente actor, que hubo de forzar sus
alicentos, y así resultó que en los últimos